

mente con los pastores de la ley antigua! Gracias al Señor, no hay hoy en su santa Iglesia muchos pastores de este carácter. Tenemos el consuelo de ver cumplido lo que habia prometido Dios por su profeta (1): *Suscitabo super eos pastores, et pascent eos.* Ha dado Dios á su Iglesia pastores dignos, que cuidan de apacentar su rebaño y de desviarle de todo pasto que pueda serle nocivo. Pero si por desgracia se encontraran algunos de aquellos pastores descuidados y negligentes, de aquellos ministros de los altares mas mercenarios que pastores, los cuales se apacentasen ellos á costa de su rebaño, dejándole á él perecer de hambre, ¿qué tendrían que responder al Juez supremo cuando les pidiese la sangre de las ovejas muertas por falta de pasto, ó de las despedazadas por negligencia y por ausencia del pastor? *Sanguinem autem ejus de manu tua requiram.* ¡O qué obligacion tan terrible la de dar cuenta así de la sangre de las ovejas, como de las funciones sagradas del altar, y del patrimonio de los pobres!

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Beatus ille servus, quem cum venerit dominus, invenerit ita facientem. Verè dico vobis, quoniam supra omnia, quæ possidet, constituet illum. Quod si dixerit servus ille in corde suo: Moram facit dominus meus venire; et cæperit percutere servos, et ancillas, et edere, et inebriari: veniet dominus servi illius in die, quâ non sperat, et horâ quâ nescit,

(1) Jerem. cap. 23

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Bienaventurado aquel siervo al cual cuando venga el Señor le encuentre obrando así. Os digo de verdad que le constituirá sobre todo cuanto posee. Pero si el tal siervo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzar á castigar los criados y criadas, y á comer, beber, y embriagarse: vendrá el señor de aquel siervo cuando menos lo espera, y á la hora que no

et dividet eum, partemque ejus cum infidelibus ponet. Ille autem servus, qui cognovit voluntatem domini sui, et non preparavit, et non fecit secundum voluntatem ejus, vapulabit multis; qui autem non cognovit, et fecit digna plagis, vapulabit paucis. Omni autem, cui multum datum est, multum quæretur ab eo: et cui commendaverunt multum, plus petent ab eo.

sabe, y le echará, y colocará su parte con los desleales. Y aquel siervo que conoció la voluntad de su señor, y no se preparó, ni hizo segun su voluntad, recibirá mucho castigo; pero el que no la conoció, é hizo cosa digna de castigo, será castigado poco. A aquel á quien se le dió mucho, se le exigirá mucho: y mucho mas se exigirá á aquel que mucho le fué encomendado.

MEDITACION.

DE LA FALSA SEGURIDAD.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay criado alguno que quiera ser cogido en falta por su amo, y que, noticioso de que este está para venir, no se ponga en estado de cumplir con su deber. El que no teme ser sorprendido, vive descuidado; y esta es la razon, dicen los padres, porque Dios nos ocultó á todos la hora de nuestra muerte. Quiso que no sabiendo la hora en que habia de venir á pedirnos ó á tomarnos las cuentas de nuestra administracion, estuviésemos siempre dispuestos para darlas. Velad y orad sin cesar, dice el Salvador, porque ignorais el momento decisivo de vuestra eterna suerte. Y si en medio de esta incertidumbre todavía se vive con tanta negligencia, ¿qué seria si estuviéramos seguros de que el amo no nos habia de coger de repente? Pero siendo la incertidumbre tanta, ¿quién nos alienta, quién nos tranquiliza en la continuacion de nuestros desórdenes? No vendrá tan presto el amo, dice el siervo negligente; y bajo esta necia confianza

se abandona á mil excesos. ¿No nos pinta á nosotros el Evangelio? ¿no representa al vivo nuestro retrato en el de este siervo infiel y descuidado? Soy mozo, disfruto buena salud, me siento con la mayor robustez, no hay que temer que el soberano Juez venga tan presto; esto es lo que da ánimo al pecador en medio de sus mayores disoluciones. Lisonjéase de que siempre tendrá tiempo para convertirse. ¿Pero en qué funda esta falsa seguridad y esta engañosa confianza? Eres jóven; ¿pero la muerte respeta por ventura alguna edad? Eres robusto; ¿y cuántos mas robustos que tú murieron de repente? No hay instante de la vida que no pueda ser el último. No hay viejo tan viejo, que no se prometa por lo menos un año mas de vida; no hay enfermo tan desesperado, que no tenga esperanza de sanar; no hay ninguno, digámoslo así, que no muera de repente, esto es, que no muera cuando todavía esperaba vivir mas. Es cierto, segun la palabra de Jesucristo, que el Hijo del hombre viene siempre cuando menos se le espera; y con todo eso; hay quien se ria, hay quien se divierta, hay quien viva tranquilo, viviendo en pecado mortal! ¿No me dirás, infeliz, en qué afianzas esa desdichada seguridad?

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué asombro deber causar la falsa seguridad de innumerables gentes, que trayendo una vida tan poco cristiana, pasan alegremente sus dias entregados á diversiones, á gustos, á entretenimientos; y llevando en su frente estampado el carácter de reprobacion, con todo eso viven tranquilos y casi sin remordimiento, como si nada tuvieran que temer. ¿Qué se juzgaria de una persona que, teniendo debajo de los piés un horrendo precipicio, voluntariamente se echase á dormir con grande serenidad sobre el borde?

Toda la vida se está durmiendo, digámoslo así, sobre el borde del infierno, ¡y no se teme precipitarse en él á cada instante! Aquellas personas cuya conciencia gangrenada apenas habla palabra, porque se ha hecho insensible como los miembros del cuerpo tocados de la gangrena; aquellos hombres del mundo absorbidos por los negocios y sumergidos en los placeres, viven con una crasa indiferencia en orden á la salvacion, con un eterno olvido de su Dios; y con todo eso viven serenos, viven tranquilos. ¡Buen Dios, qué asombro!

Las personas mas cristianas, que con tanta razon miran el negocio de la salvacion como el negocio mas importante, como el único negocio que les importa; aquellas almas inocentes, sepultadas en los desiertos ó encerradas en los claustros, que pasan los dias entre los rigores de la penitencia, que jamás pierden de vista á Dios, que siempre caminan delante de sus ojos por los senderos de la santidad y de la justicia; un san Lubin, y todos los demás santos, en medio de una vida tan mortificada y tan perfecta, trabajan continuamente en su salvacion con temor y con temblor, conforme al consejo del Apóstol: y unos hombres metidos en el gran mundo, expuestos sin cesar á todos los tiros del enemigo, engolfados en un mar lleno de escollos, en un mundo tumultuoso donde todo es tentacion, todo peligro, donde es contagioso hasta el aire que se respira; estos hombres están en reposo, viven alegres, comen con gusto y duermen tranquilos. ¡Mi Dios, cuán digno de compasion es el que está enfermo de peligro, y ni aun siquiera conoce que está malo!

No permitais, Señor, que viva yo en este mortal letargo; y si hasta aquí me he dejado llevar de una seguridad engañosa, abridme, mi Dios, los ojos para que jamás pierda de vista el peligro.

JACULATORIAS.

Confige timore tuo carnes meas : à judiciis enim tuis timui. Salm. 118.

Penetrad, Señor, mi alma y mi corazon de vuestro santo temor, para que evite el rigor de vuestros terribles juicios.

Beatus homo qui semper est pavidus. Prov. 28.

Dichoso aquel que siempre está con temor en orden á su salvacion.

PROPOSITOS.

1. A una falsa seguridad siempre se siguió un cruel arrepentimiento ; sobre todo cuando el mal es sin remedio . ; Qué dolor, qué desesperacion por toda la eternidad en los infiernos la de un infeliz condenado que solamente se condenó, digámoslo así, por no haber temido condenarse ! Por mas que te consuele el testimonio de tu buena conciencia en orden á la vida pasada ; por uniforme , por compuesta , por ajustada que sea la presente ; por defendido que te parezca que estés en el claustro, en la soledad, en el retiro, ten, sí, una gran confianza en la misericordia de Jesucristo ; pero no dejes de temer el rigor de su justicia. No te olvides jamás de que Judas se perdió en su compañía, en su misma escuela, delante de sus propios ojos ; y que Salomon abusó del don de la sabiduria. Ningun día dejes pasar sin hacer de cuando en cuando estas saludables reflexiones.

2. Desconfía con moderacion de todo lo bueno que hicieres. Es menester evitar el extremo de los escrúpulos ; pero es presuncion confiar demasiado en sus buenas obras. Di á Dios todas las mañanas y todas las noches : *Conozco, Señor, que soy siervo inútil ; pero confío en vuestra piedad que me haréis el favor de suplir mi insuficiencia y mis defectos.* Cuando llegue á tu no-

ticia la muerte de alguno, haz cuenta que la muerte respecto de él, por larga que fuese su enfermedad, fué repentina ; y dite á ti mismo : *Presto le seguiré yo, y no quisiera que se pudiese decir de mi lo que pienso yo de él.* Nunca dilates para el dia siguiente lo que quisieras haber hecho á la hora de la muerte ; y acuérdate que es bienaventurado aquel que vive siempre como si en aquel mismo dia hubiera de morir.

SANTA FLORENTINA, VÍRGEN.

Nació esta gloriosa vírgen, para ser el adorno del vasto campo de la Iglesia, de la ilustre familia, segun se cree, de los duques de Cartagena. Luego que salió á luz, se vieron en ella señales nada equivocadas de su futura santidad. En su rostro, encarnado como una rosa, mostraba tanta majestad, afabilidad y dulzura, y en sus apacibles miradas daba á entender tanto recato, que prendaba los corazones de cuantos la veian. Levantaba con frecuencia los ojos al cielo, violentándose aun cuando tomaba el pecho, siempre que no la pusiesen de modo que pudiese fácilmente mirar á lo alto.

Entrada ya en el uso de la razon, comenzaron sus padres á educarla cristianamente, instruyéndola con especial cuidado en las primeras oraciones, en las palabras buenas y santas, en devociones piadosas, y en los principales rudimentos y misterios de la santa fe católica, que era su primer cuidado en la educacion de su familia. A pocos dias advirtieron en su hija una singular agudeza de ingenio, muy claras y despejadas potencias para aprender y entender las oraciones que se la enseñaban ; por lo que resolvieron ponerla al estudio de las primeras letras, sin olvidar el principal

ejercicio de la virtud, á lo que atendia incesantemente su madre, dándola continuos ejemplos con sus obras, que son el mejor magisterio. Buscaba siempre la quietud para los ejercicios de piedad, y se la hallaba de ordinario en los lugares mas escondidos de la casa, haciendo de ellos mística soledad para su tierno corazon, y postrándose en tierra para agradar mas á su Dios, que era el único objeto de sus encendidos deseos.

Agradando al Señor estos devotos ejercicios de aquella edad inocente, empezó á regalarla con los favores mas singulares; y uno muy señalado fué que estando encargada la santa doncella del cuidado de su hermano san Isidoro, que aun estaba en la cuna, vió que de repente le rodeó un numeroso enjambre de abejas que, sin molestarle, entraban y salian de su boca continuamente. Causóla mucha admiracion lo que veia, y llena de un pasmo reverente se estuvo cerciorando de la novedad bastante tiempo; pero recobrada del primer asombro, avisó luego á sus padres y hermanos, que acudieron prontos á ver lo que juzgaban increíble; pero fueron testigos de ser cierto lo que aseguraba Florentina, y vieron tambien que desaparecieron despues las abejas, dejando sin lesion á Isidoro, cosa que juzgaron todos ser muy maravillosa, y la miraron como seguro pronóstico de su grande virtud y sabiduría.

Creciendo mas en edad y en virtud la santa doncella, resolvió san Leandro, su hermano mayor, constituirse su maestro espiritual; y para ello la aplicó desde luego al estudio de la lengua latina, la que aprendió en breve tiempo, y con tanta perfeccion, que entendia las divinas escrituras, y explicaba sus profundos misterios, admirando á cuantos la oian hablar de puntos tan delicados. Es verdad que pocas veces se juzgaron convenientes en este sexo las letras;

mas no se puede dudar que san Leandro lo hiciese con superior impulso, pues como á tan santo y docto no se le podia ocultar este inconveniente: pero Dios tenia destinada á Florentina para que fuese la maestra de un doctor de la Iglesia; y así cuidó de que ella fuese sabia y santa, para que lo fuese despues su hermano menor san Isidoro, cuya educacion se le habia de confiar; empeño que satisfizo la santa, aplicándose con todo cuidado á formar en la virtud el tierno corazon de Isidoro, y á comunicarle como maestra los caudales de sabiduría que como discipula habia recibido de san Leandro. Con ocupaciones tan santas y continuas, llevaba una vida totalmente abstraída del siglo y empleada en las cosas del espiritu; mas no por eso dejó de publicarse por el reino la fama de su hermosura, tanto mas apetecida cuanto mas oculta y retirada. Estas prendas movieron á muchos grandes y títulos del reino á desearla por consorte, juzgando con razon que el que lograrse poseer alhaja tan preciosa daria nuevos esmaltes á la grandeza de su casa, por ser notoria la prosapia nobilísima de Florentina, y porque la fama la proclamaba al mismo tiempo honesta, discreta y santa. Mas á todos los despidió ella con decirles que Dios no la llamaba por aquel camino, y que ya tenia esposo y fiel custodio de su pureza, á quien siendo muy niña habia dado la palabra.

Alteró sin duda su purísimo corazon el verse pretendida, cuando con su grande humildad se creia olvidada y despreciada de todos; pero este fué otro estímulo para que de nuevo pensase con las mayores veras en poner en ejecucion sus primeros propósitos de despreciar todas las vanidades del siglo, y retirarse al sagrado de la religion. Con esta determinacion dió cuenta á sus santos hermanos, por ser ya difuntos sus padres, de que tenia ofrecida á Dios su virginal

pureza, y que para conservarla, meditaba retirarse de los escollos del siglo adonde pudiese con libertad corresponder á la vocacion de esposa de Dios, á la que nuevamente se sentia llamada. Gozosos y edificados los santos hermanos con nueva tan dichosa, practicaron prontamente las diligencias necesarias, y á breves dias se cumplieron los deseos de la santa, hallándose religiosa en un monasterio de san Benito, cerca de la ciudad de Écija. Apenas sé publicó la nueva por España, cuando muchas doncellas nobles, animadas con su ejemplo, acudieron á ella para que las recibiese en su compañía. Concurrieron tantas en breve tiempo, que se vió precisado el obispo de Écija, bajo cuya direccion vivian, á fundar otro monasterio en la misma ciudad, para satisfacer los deseos de tantas jóvenes como arrastraba el ejemplo y la fama de santidad de Florentina. Pero no bastando aun los dos monasterios, san Leandro, amplificador del instituto, acudió con gruesas sumas para otras fundaciones, y continuaron el mismo empeño san Fulgencio, otro hermano de nuestra santa, san Isidoro, y aun el rey; de forma que llegó Florentina á alcanzar mas de cuarenta monasterios, en que vivian mas de mil religiosas, con subordinacion al principal de Écija, y obediencia á la santa como á prelada general de todos ellos.

No es decible el gozo de santa Florentina al ver cumplidos sus deseos, y que se hallaba ya desembarazada de todos sus estorbos para consagrarse del todo á su Dios. Dábale continuas gracias por haberla elegido por su esposa, y á fin de corresponderle por su parte agradeciendo tal fineza, soltaba las riendas á su espíritu, entregándose á todas las obras que conocia ser de su mayor agrado, y haciendo una vida tan ejemplar, que mas parecia de ángel que de humana criatura. Para radicarla mas en la vida espiri-

tual, la envió su hermano san Leandro un libro que compuso, cuyo objeto es hacer patente el desengaño de todo lo caduco y perecedero, haciendo ver cuán despreciables son las riquezas y vanidades del mundo, miradas á buena luz, y que todo cuanto ofrece á la vista con apariencias de gusto y deleite, solo es en realidad una falsa y momentánea imágen de felicidad. Tambien compuso el santo y la envió otro libro ó tratado acerca de la institucion de las virgenes, en el que la anima á la perseverancia en la vida monástica, con admirables elogios de la pureza virginal, manifestando que los que por castidad perpetua se consagran á Dios, pasan al estado de ángeles, aun viviendo y conversando entre los hombres. En la misma obra puso el santo una fórmula ó modo de vivir conforme á la regla del patriarca san Benito, pero añadiendo ó quitando algunas particularidades que le parecieron convenientes al tiempo y á la ocasion, quedando no obstante austerísima, hasta que algunos años despues la mitigó san Isidoro. Algunas de aquellas reglas eran las siguientes: Una total prohibicion de comunicar con seculares; clausura tan rigurosa, que solo con el encargo de fundadoras podian salir á otros conventos, y esto con facultad del obispo; pobreza extremada, sin propiedad alguna en particular, vistiéndose y sustentándose todas del comun, y cuando este no bastase para lo preciso, supliéndolo el trabajo de sus manos; el vestido de lana muy pobre y grosero; abstinencia perpetua de carnes y de vino ú otros licores semejantes; los ayunos casi insoportables por la escasa comida de los mas dias; la ociosidad totalmente deserrada; los oficios divinos muy dilatados, las disciplinas rigurosas, la oracion diaria y prolongada; y el tiempo que restaba de los ejercicios de comunidad, empleado en leer libros santos y devotos.

Esta era la vida que con el mayor zelo y observancia

practicaba santa Florentina en el monasterio, sin dispensarse jamás de la menor austeridad; antes bien las ejecutaba todas con el mayor rigor, juzgándose indigna de ser sierva de Jesucristo si solo atendia á lo que era únicamente de precepto, y no cumplia con los consejos que la daban la regla del santo patriarca y el libro de su santo hermano. Con una vida semejante se hacia santa Florentina el espejo en que se miraban todas las religiosas, y como sea tan poderoso el ejemplo de los prelados, se veian precisadas todas á imitarla, y todo el monasterio respiraba el buen olor de santidad; de suerte que la que como humilde se juzgaba mas tibia, solia ser la mas fervorosa, y emulándose con santo celo las unas á las otras, paraba esta competencia en trasformarse en un cetro de ángeles aquella humilde reunion de mujeres.

Pero al cabo de algun tiempo vino á decaer algun tanto la observancia, por el poco zelo y notable descuido del obispo que entonces lo era de Écija, y á cuyo cargo estaba el convento de la santa, faltando á las ordinarias visitas y asistencias por cuyo medio se conserva la regla en las comunidades religiosas mas santas. Sentia esto Florentina en lo íntimo de su corazon; y como en todas sus dudas, así acerca de su aprovechamiento como acerca del gobierno de su monasterio, consultaba con frecuencia á sus hermanos, y estos la daban las instrucciones y consuelos que necesitaba, ya en nuevas ordenanzas para su espiritual aprovechamiento, ya en remedios convenientes para la reforma de cuanto pudiese perjudicar al estado y decencia de las religiosas, se dirigió á ellos en esta ocasion, rogándoles la aconsejasen, y la ayudasen con sus oraciones para alcanzar de Dios que proveyese del remedio conveniente. Fué tan bien oida de Dios su peticion, que á pocos dias tuvo revelacion la santa

de que vendria á Écija otro prelado zeloso, en quien tendria el remedio y consuelo que pedia; como se verificó, viniendo desde Cartagena san Fulgencio á gobernar aquella silla. Con su venida se mejoraron las cosas, de manera que fué visible el efecto de la vigilancia suma con que las asistia el santo prelado; y Florentina se llenaba de gozo por tener tan cerca de si al hermano á quien veneraba como maestro y en quien aseguraba todo el consuelo, así propio como de todas sus hijas.

Con la presencia de san Fulgencio, á la que se siguió una perfecta reforma, volvió el corazon de la santa abadesa á su quietud anterior; y con esto pudo proseguir sus santos ejercicios con tanto fervor y edificacion de las demás religiosas, que su conducta era una leccion continua de ejemplos de perfeccion para todas. Pero en medio de tanta virtud como resplandecia en sus monasterios, aun creia que estaba en obligacion de hacer mucho mas para agradar á su Esposo, cuya ley santa se veia continua y lastimosamente perseguida por los arrianos en España. A este fin aumentaba sus oraciones, penitencias y súplicas, trabajando del modo que podia en confundir á los herejes, y en mantener con ejemplos y palabras el sagrado depósito de la fe puro é ileso, no solo entre sus religiosas, sino en cuantos la consultaban sobre cualquier negocio, y trataban mas familiarmente con ella. Queriendo su hermano san Isidoro mostrarse en algun modo agradecido á lo que habia debido en sus primeros años al zelo y cuidado de Florentina, la envió aquellos dos preciosos libros contra el judaísmo: el uno de la vida, pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, y el otro de la vocacion de las gentes; prometiéndola al mismo tiempo enviarla un método fácil, que la santa le habia pedido, para entender el sentido espiritual de las divinas escrituras,

para mayor consuelo y aprovechamiento de su alma. Con semejantes armas se mantenía firme su espíritu contra los ataques de la herejía, y con ellas confortaba también á sus religiosas, amonestándolas incessantemente á que perseverasen en la oración y ejercicios de piedad, para alcanzar de Dios su total extincion en los reinos de España.

Con estos piadosos ejercicios, no solo se halló Florentina en la cumbre de la perfeccion, sino que mereció cuantas dichas podía lograr en este mundo, viendo á san Leandro en la dignidad de arzobispo de Sevilla, aclamado por el hombre grande que tenía España; á san Fulgencio, obispo, y llamado padre de los pobres por su ardiente caridad y zelo pastoral; á su querido san Isidoro, sucesor en la dignidad á san Leandro, proclamado por insigne doctor de la Iglesia y acérrimo defensor del catolicismo en España, y vicario de la sede apostólica en todo el reino; á su sobrino Hermenegildo dar animosamente la vida, y padecer martirio en defensa de la fe; y finalmente, logrando lo que con tantas veras había pedido al Señor, como fué ver á su sobrino Recaredo convertido á la fe con todos sus vasallos, y desterrada de sus dominios la herejía y secta arriana.

Ya no la quedaba que desear en la tierra, y solo suspiraba por el cielo donde tenía puestas sus firmes esperanzas; y conociendo se le acercaba el término de su destierro, llena de años y merecimientos, despues de dar santísimas instrucciones y consejos á sus hijas, recibidos también con admirable devocion los santos sacramentos, murió en el monasterio de Nuestra Señora del Valle de la ciudad de Écija, donde fué sentidísima su muerte por perder tan santa prelada y maestra. Fué sepultado su cuerpo en el mismo monasterio; pero muy poco despues fué trasladado á Sevilla, porque cuando murió san Isidoro, dispuso

que le enterrasen entre sus dos hermanos Leandro y Florentina. Estuvo en Sevilla su santo cadáver hasta la invasion de los moros, en cuyo tiempo lo llevaron los cristianos, con el de san Fulgencio, á una cueva de las sierras de Guadalupe, donde fueron descubiertos milagrosamente en tiempo de don Alonso XI; y fundado despues el lugar de Berzocana, del obispado de Plasencia, se colocaron en su iglesia parroquial, hasta que, reinando Felipe II, se trasladó parte de sus sagradas reliquias al real monasterio del Escorial, y parte á la santa iglesia de Murcia, en donde se veneran hoy, obrando el Señor por la intercesion de sus santos innumerables maravillas.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, el triunfo de los cuarenta y siete santos mártires que fueron bautizados por el apóstol san Pedro, mientras estuvo preso en la cárcel de Mamertino en compañía de san Pablo, en cuya prision estuvieron nueve meses: todos estos santos, perseverando en una generosa confesion de la fe, fueron degollados por orden del emperador Neron.

En África, los santos mártires Pedro y Afrodiseo, los cuales fueron martirizados en la persecucion de los Vándalos.

En Carras de Mesopotamia, san Eutiquio, patricio, y sus compañeros, á los cuales martrizó Evelid, rey de los Arabes, por la confesion de la fe.

En la provincia Valeriana, los dos santos monjes que fueron ahorcados en un árbol por los Longobardos, y despues que habían muerto les oyeron sus mismos enemigos cantar salmos.

En la misma persecucion fué también degollado un diácono de la iglesia de Marsica por confesar la fe católica.